

EL CAMINANTE Y SU SOMBRA

DIONISIA GARCÍA

Es un libro¹ que merece atención, no solo por cuanto supone hacer cientos de kilómetros en soledad, sino por las peripecias que el peregrino tiene que afrontar antes de abrazar al señor Santiago. Durante el trayecto Francisco Nicolás ha vivido, por fortuna, momentos gozosos en el trato con las personas que ha ido encontrando durante el recorrido. Esos momentos han borrado otros menos amables.

El autor nos dice en la introducción al libro: «He vivido el camino de Santiago en sus distintas variantes, Camino Francés, Aragonés, Primitivo (dos veces), Portugués (desde Oporto), Ruta de la Plata (desde Mérida), Sanabrés, Camino del Norte (o de la Costa) y Finisterre (dos veces), con un total de 4.638 Kilómetros recorridos a pie...»

Es cierto que no estamos en aquellos tiempos de los asaltantes de caminos (Alfonso X el Sabio en el año 1256 dice a quienes cometen estos desafueros: «Y por ende, tenemos por bien y mandamos que los romeros y peregrinos que vienen a Santiago que a ellos y a sus compañías y a sus cosas vayan y vengán seguros y salvos por todos nuestros reino»). Digamos que la seguridad proporciona un tranquilo pasar por valles y llanuras, ver las flores silvestres cerca de nuestros pies, contemplar las amanecidas como creación continuada; con el ánimo esperanzado, porque el caminante sabe que el paisaje le acompañará, referencias son el de Castrojeriz en Burgos, o el de Salamanca, en un lugar maravilloso donde «La soledad» presenta toda la belleza del atardecer con un árbol solo y un cielo alilado y amarillo. No olvidemos la frondosidad y el verdor intenso, camino de Finisterre. Por último, Ourense «Agua fresca» cuyo paisaje podría ser un cuadro de Giorgione

Francisco Nicolás Alacid, en su pasar, se acerca a las personas. Es un hallazgo encontrar a dos jóvenes con su bebé haciendo el camino en burro; un matrimonio francés, cargado de esperanza, con ilusión crecida, carga los enseres necesarios para subsistir. Se muestran sonrientes y felices.

Alacid, atento a los descubrimientos, dice de *Castrillo de los Polvazares*, un pueblo donde «le gustaría vivir y morir». Es la cuna del ilustre Juan Antonio Vallejo Nájera, que quizá no pensara lo mismo. Junto a estos luminosos acontecimientos, estaban los males padecidos y sus remedios. La alegría de encontrar un buen albergue

¹ Francisco Nicolás Alacid, *El caminante y su sombra*, Madrid, Entrelíneas Editores, 2011.

con agua caliente, tan escasa con frecuencia. También las bajas temperaturas llevadas al extremo, y las nieblas envolventes que no permitían distinguir el entorno. Es indudable que, en el caminante, hay que apreciar, más que lo exterior que va encontrando la interiorización de un «viaje» que ha de sufrir hasta el extremo y gozar...

El anecdotario dice mucho de la sensibilidad del peregrino. No siguiendo el orden vamos a detenernos en Preguntoño (aldea de la Coruña) donde un vecino le regala al caminante, viendo su palo torcido, «otro en condiciones», tras cortar una rama de árbol y fabricarlo. Este mirar por el otro, que han cantado poetas como Machado, emociona al peregrino, que mira y agradece. Sabe también detenerse en una «hermosa fuente de agua» cerca del Monasterio de Oseira. Los Monasterios, junto a los albergues, dieron refugio al peregrino salvo alguna excepción que no merece tener en cuenta en tan largo camino. Otro momento conmovedor, es la ayuda prestada en *Castroverde* por el dueño de un mesón en el arreglo de la mochila, mientras su mujer le prepara un buen desayuno.

La cruz de Ferro en Foncebadón (León) es emblemática. Francisco Nicolás depositó su piedra, después de algunas peripecias, en el montículo donde se alza la cruz, como manda la tradición.

Aquí termina nuestro recorrido, queda mucho por decir de este *Caminante y su sombra*. Los lectores pueden encontrar en el libro los pasos del peregrino, que ya no será el mismo al regresar de ese viaje interior, que le ha llevado a un conocimiento de sí mismo y el mundo que le rodea.